

SANTIAGO, APÓSTOL DE LA FRONTERA NEOGALAICA

Louis Cardaillac
El Colegio de Jalisco

El norte de Jalisco, zona de la frontera

En el norte de Jalisco estamos en una región que podemos llamar zona de frontera. Pertenece a un conjunto que era tierra de guerra, aun antes de la llegada de los españoles. Era el “líndero de los pueblos civilizados con los bárbaros del norte”.¹ Desde mucho tiempo atrás era la línea de demarcación entre los pueblos sedentarios del sur y los pueblos nómadas de norte, aquellos a quienes los Mexicas denominaban Chichimecas. Estaba constituida por los ríos Lerma y Santiago. Esa región norteña fue sometida al dominio español por Nuño de Guzmán. Pero las primeras fundaciones españolas estuvieron a punto de ser destruidas por la gran sublevación chichimeca de 1541-1542, llamada guerra del Mixtón. La conflagración fue tan intensa que el propio virrey Mendoza juzgó necesario salir a combatirla llevando de México a muchos indios tlaxcaltecas sometidos, y otros más.

Pero la victoria española del Mixtón no supuso el fin del conflicto, ya que si algunas comunidades indígenas quedaron sometidas a los españoles, otras se subieron a la sierra, a los “peñoles”, difícilmente accesibles. Estos indios bravos que no querían dar paz formaron precisamente las fronteras de los vecinos pacíficos de la Nueva Galicia. Y sabemos que esta guerra continuó hasta 1590, bajo el nombre de guerra chichimeca.

Esto no quiere decir que desaparecen las características de zona frontera. Ni mucho menos. En efecto se fundaron en el tiempo de don Luis de Velasco “las fronteras de San Luis Colotlán” que era una organización administrativa (una jurisdicción en sí) y reunía 24 pueblos agrupados en siete curatos con un total de 10 mil habitantes. Representaba dicho territorio una especie de baluarte contra todos los enemigos del gobierno colonial: indios bárbaros, rebeldes y malhechores.²

1. Ver Pierre-Luc Abramson. “Survie et adaptation d’un rituel populaire espagnol au Mexique: la danza de moros y cristianos de Zacatecas”. *Hommage a Jaime Díaz Rozzoto. Annales littéraires de l’Université de Franche-Comté*. Paris-Besançon: Diffusion Les Belles Lettres, 1990, p. 255.
2. María de Carmen Velázquez. *Colotlán, doble frontera contra los bárbaros*. México: UNAM, 1961, p. 7.

La toponimia todavía hoy nos recuerda aquel pasado fronterizo: la pequeña ciudad de Jerez, fundada en 1570, a 57 kms al suroeste de Zacatecas ha conservado el nombre de Jerez de la Frontera, a pesar de sus apelaciones oficiales: antiguamente Jerez de Santiago de Galicia y hoy Jerez de García Salinas.³ También es evocador de ese contexto fronterizo, otro pueblo a 20 kms al sur de Aguascalientes, llamado La Frontera.

El cartógrafo que dibujó en 1554 el mapa del obispado de Compostela bien tenía en mente esta noción de frontera, ya que representó en una misma línea todos los peñoles, lugares por excelencia de resistencia a la penetración española, y por si fuera poco ilustró esta mítica línea fronteriza dibujando en sombra a decenas de indios con sus arcos y flechas, que simbolizaban la presencia enemiga en la zona todavía por conquistar.

Es cierto que la frontera no era una línea de separación en su significado moderno, sino un lugar movedizo e impreciso de dos frentes militares opuestos y desligados por una tierra de nadie. Suponía la confrontación de dos sociedades profundamente antagónicas. Era una desunión entre dos civilizaciones. Esa línea de separación de dos mundos se transportará del sur hacia el norte, con los avances de la conquista. Cada vez se afianzará la nueva zona fronteriza. Las iglesias almenadas con camino de ronda y sus baluartes, las casas torreadas, las palizadas de las cercas, como las que rodeaban las primeras ciudades de Guadalajara, daban a esas hechuras urbanas un aire castrense, en gran parte similar a las ciudades fronterizas españolas. Quedan todavía hoy algunas de esas iglesias fortificadas.

Frente a aquellos a quienes se consideraban con desprecio y terror, como “naciones salvajes de indios gentiles sanguinarios”, los españoles construyeron puestos militares a lo largo de los caminos. En un periodo un poco más tardío, a partir de 1570 se les llamaron “presidios”, los cuales tuvieron una doble finalidad: rebatir las embestidas de los chichimecas, especialmente a lo largo del Camino de la Plata, y proteger la extracción y el transporte del metal. México tuvo sus “presidios” como España sus castillos. Una vez más se podría hablar de la herencia medieval de España, ya que Reconquista y Conquista recorren un mismo camino. De igual manera que en Castilla y Andalucía se repoblaron las tierras, fundando nuevos pueblos, en la zona que nos interesa, ocupada esencialmente por el norte de Jalisco y sur de Zacatecas, se fundaron algunos pueblos para asegurar la zona frente al adversario indígena.

3. *Ut supra*, p. 10.

La imagen belicosa del Santiago fronterizo

La frontera se relaciona, pues, con periodos de expansión en la historia de España. Son momentos eminentemente conflictivos en los cuales se trata de recuperar territorios ocupados por los musulmanes en la Península, o de conquistar para la Corona y la fe de Cristo nuevos territorios recién descubiertos. En aquellas dos situaciones existió la tendencia de unificar indiscutiblemente los fines del Estado y de la Iglesia.

Existe cierto mesianismo en el concepto de nación hispánica: se trata de un pueblo elegido por Dios para llevar al mundo la salvación y la civilización cristiana. Este marco ideológico resultó muy propicio para que se desarrollara el mito de Santiago. Las apariciones de Santiago dieron a la empresa guerrera, tanto en España como en América, un sello de rectitud religiosa y de autenticidad. Los españoles se consideraban como unos seres privilegiados y superiores que contaban con el auxilio incondicional del Altísimo y de su Santo.

Santiago era el Santo particularmente adecuado para esas guerras de frontera. Su imagen más difundida en España fue la de un santo belicoso. En tiempos de la Reconquista, se le veneraba como el gran “ayudador de los cristianos”. Es la figura de Santiago matamoros que vence por las armas a quien no se ha dejado convertir. El moro tocado con un turbante yace en el suelo pisoteado por el caballo que monta el santo. Es el símbolo de la destrucción moral del pueblo enemigo, a la par que de su destrucción física. A veces, el cuerpo del adversario queda descuartizado, pero aquí “este tratamiento simbólico del cuerpo al que se quiere excluir nos recuerda que se descuartizaba a los condenados, y aquello representaba un castigo particularmente infamante”.⁴

En el Nuevo Mundo, y especialmente en México, Santiago como guerrero a caballo fue una de las devociones hispánicas más representadas, caracterizándose en este aspecto lo que fue la Nueva Galicia por la abundancia de sus representaciones, particularmente numerosas en los que fueron pueblos de fronteras desde Tonalá a Santiago Tlatelolco, cerca de Colotlán, por una parte, y Moyahua, al sur de Zacatecas —que también formaba parte de Nueva Galicia— por otra.

De la misma manera que Santiago ayudó a los españoles a vencer al “infiel”, ahora en la empresa de la conquista americana, supuestamente, viene al auxilio de quienes pretenden vencer el paganismo de los indígenas. Se atribuyó a Santiago

4. Pierre Civil, “De Saint Jacques Matamore à Saint Ignace de Loyola: stratégies de l’image des saints face à l’altérité religieuse (Espagne, XVI- XVII siècles)”. *Les représentations de l’Autre dans l’espace ibérique et ibéro-américain*. Paris: Presses de la Sorbonne Nouvelle, 1995, p. 77.

múltiples apariciones en los lugares de los combates.⁵ En el inicio de la conquista, el primer beneficiario de esa ayuda sobrenatural fue Hernán Cortés. Varios cronistas refieren que en el curso de la primera batalla que sus tropas mantuvieron contra los tabasqueños en Centla (marzo de 1519), apareció un misterioso caballero que comunicaba a los soldados su ardor combativo y que causaba graves daños a las filas del adversario, proporcionando la victoria a los españoles. Así pasó en muchas ocasiones.

En cuanto a la Nueva Galicia, se atribuyen al Santo Apóstol las victorias de Tetlán (1530), cerca de Tonalá, de Guadalajara (29 de septiembre de 1541) donde Santiago y San Miguel unidos vencieron a 15 mil indios; y finalmente la del Mixtón, en un episodio de la guerra chichimeca (diciembre de 1541), en la frontera del norte. Esta victoria, decisiva, abría nuevas perspectivas de conquistas. Para los vencedores, no cabía duda que Santiago había sido su gran protector, indicándoles milagrosamente una vía escondida que permitió el acceso a los sitiados: “El caballero del caballo blanco se metió en la tropa de los que andaban a caballo y no le vieron más”,⁶ apunta el padre Tello que además hace el comentario siguiente: “Siempre se entendió ser obra del cielo, según la gente que allí se venció y mató, porque fuera imposible vencer tantos enemigos, si no fuera con la ayuda de Dios, de Santiago y de los ángeles, que en tales ocasiones se acuerdan de los suyos”.⁷

Santiago se portó en esta circunstancia histórica, tal como se suponía que era: mataindios después de haber sido matamoros. Pero en todas circunstancias aliado de los cristianos.

Omnipresencia de Santiago en el norte de Jalisco y sur de Zacatecas

El viajero que va de Guadalajara al norte de Jalisco se da cuenta de que Santiago sigue presente en la memoria de los hombres. Su presencia se manifiesta en la toponimia, en el arte, en el folklore y en las leyendas que se cuentan en las comunidades.

5. Quevedo, gran proselista de Santiago, no vaciló en escribir: “En las historias y anales antiguos hallareís que se han dado en España cuatro mil y setecientas batallas campales a los moros, contando las de Castilla, Aragón, Portugal y Navarra, hallareís que el santo apóstol, peleando personal y visiblemente, ha dado las victorias y la muerte a tan innumerables enemigos”. Mas “prosaicamente” se suele atribuir a Santiago 38 apariciones en batallas contra los Moros en España, y 13 en México, y algunas más en Guatemala, Perú, Colombia y Chile.
6. Fray Antonio Tello. *Crónica miscelánea de la Sancta Provincia de Xalisco*. Guadalajara: IJAH-Universidad de Guadalajara, 1973, libro II, vol. II, p. 321 (escrita en 1613).
7. *Ibid.*, p. 258.

Allí donde se desarrolló la guerra chichimeca, Santiago es omnipresente. A través de los nombres de pueblos, de las iglesias a él dedicadas y de la estatuaria, se le sigue la pista desde Tonalá y Guadalajara hasta el extremo norte del Estado.

Por ejemplo, hay un pueblo llamado Santiago en el norte del lago de Chapala, otro cerca de Teúl, Santiago Nexcaltlán. Entre Juchipila y Apozol señorea una gran representación natural en las rocas, que la devoción popular interpreta como figura de Santiago a caballo, localmente se le tiene mucha devoción. Tal vez por haber sido Santiago y San Miguel los dos protectores de la primitiva Guadalajara, se puede observar que cada uno de esos pueblos dedicados al Apóstol tiene en sus proximidades otro que lleva el nombre del Arcángel. Bajo este doble patronato se emprendió y desarrolló la guerra chichimeca.

Es verdad que también en la Reconquista, no pocas veces, actuaban los dos santos juntos a favor de los cristianos. Es el caso de la ciudad de Úbeda en Andalucía que fue reconquistada el día de San Miguel (29 de septiembre de 1212), por lo cual la ciudad tomó por patrón al arcángel. Los ubetenses rinden también gran culto a Santiago: la ciudad conserva un magnífico hospital y una iglesia dedicada al Santo. Guadalajara conoció un episodio idéntico, milagrosamente librada de los ataques de los caxcanes un 29 de septiembre, rinde culto al arcángel y al apóstol, ya que en aquel día se apareció Santiago al lado de los españoles.

De modo que las apariciones y luego el nombre de Santiago dado a varios lugares fueron una manera de marcar y sacralizar el territorio recién conquistado: pasaba a ser tierra de cristianos. Hasta ahora había sido obra de conquistadores y de misioneros. Pero el culto a Santiago rápidamente fue aceptado por las comunidades indígenas cristianizadas, trasladadas a las zonas que se querían repoblar, y que venían ya invocando a Santiago.

En la aceptación sumisa, por parte del indígena, del culto a Santiago, un santo que fue instrumento de su derrota, seguramente hubo, de modo más o menos consciente, ese reconocimiento de la fuerza del otro, con la esperanza secreta de participar en ella.

El más famoso de los pueblos denominados Santiago en el norte de Jalisco es, sin lugar a dudas, Santiago Tlatelolco, cuyo segundo vocablo viene de la lengua náhuatl y significa "lugar de montículos".

En 1589, el virrey Luis de Velasco, envió a Colotlán unos centenares de indios tlaxcaltecas para repoblar y asegurar la zona. Se asentaron en un lugar que era una sencilla ranchería, o sea un pueblo pequeño. De modo que, a raíz de su llegada, refundaron el lugar. Santiago quedó constituido como patrón de la iglesia que levantaron y del dicho pueblo. La fundación oficial fue un 25 de julio, día del Apóstol.

Puede parecer extraño a primera vista, que exista así a unos kilómetros de Colotlán un pueblo con este nombre de Santiago Tlatelolco, ya que se encuentra

otro con el mismo apelativo, en las inmediaciones de la ciudad de México. Efectivamente, el nombre vino del sur con los tlaxcaltecas. La primera iglesia del continente americano dedicada al Santo se ubicó allí en las inmediaciones de Tenochtitlán México. El cronista Díez de la Calle llega a afirmar que allá en Tlatelolco el Santo se le apareció a Cortés.

Los tlaxcaltecas fueron seguramente los primeros indígenas que adoptaron al apóstol Santiago, en un principio muy a pesar suyo. Cortés, en el momento de la batalla contra Xicoténcatl el joven, los atacó gritando: "Santiago, y a ellos". Según el cronista Muñoz Camargo en su *Historia de Tlaxcala*, el grito los desmoralizó tanto que allí se dieron cuenta que en su religión todo era "falsedad y mentira". El mismo cronista nos dice que después de escuchar esa invocación al Santo, y luego de algunas derrotas más, terminaron por adoptar la devoción a Santiago "Hoy en día [escribe el mencionado autor], hallándose en algún trabajo, los de Tlaxcala llaman al señor Santiago".⁸

Así, frente a Santiago, los indígenas experimentaron primero cierto temor por la fuerza que concedía a los españoles, luego en segundo tiempo se lo apropiaron y recurrieron a él, invocándole en sus momentos de necesidad.

De modo que Santiago aparece, a través de las leyendas, como el santo tutelar de la comunidad, al que hay que seguir rindiendo culto para obtener sus favores. La leyenda siguiente parece tener por finalidad la revitalización del culto de Santiago a través de la permanencia de la tradición.

Se cuenta que en Santiago Tlatelolco (Jalisco), un 25 de julio no se celebró la llamada "carrera de gallos", tradicional de aquella festividad. En dicha ocasión, apareció un señor a caballo, a todo galope, en el recorrido habitual donde se solía llevar a cabo la competencia. Era Santo Santiago que manifestaba así su desagrado por el abandono de la conmemoración. A partir de allí, los habitantes comprendieron el aviso y año tras año festejan al Apóstol, sin que falte la famosa carrera.

Se menciona también que, en otra ocasión, unos hacendados de Santa María de los Ángeles, pueblo cercano a Santiago Tlatelolco, quisieron comprar la capilla dedicada al Santo para usarla como granero y andaban informándose por el pueblo sobre quién era el dueño. De pronto encontraron a un general montado en un precioso caballo blanco que les dijo:

Yo puedo hacer negocio con Vds. Preséntense mañana al amanecer.

Y uno de ellos dijo:

¿por quién pregunto?

A lo cual el general contestó:

No te preocupes. En cuanto llegues, la primera persona que veas será a mi mismo.

8. Diego Muñoz Camargo. *Historia de Tlaxcala*. Publicada y anotada por Alfredo Chavero. Edmundo Aviña Levy editor. México: Ateneo de Ciencias y Artes de México, 1972, p. 228.

Al día siguiente, muy temprano, los hacendados llegaron, pero no se presentaba la persona con la que iba a ser la entrevista. Como vieron la puerta abierta, pasaron y para su sorpresa, lo primero que vieron en el altar fue al santo patrón, que era el mismo con quien hablaron el día anterior. Salieron enfurecidos diciendo: "Esto ya valió. Vámonos de este pueblo". Aquí Santiago aparece como el elemento permanente del lugar: lo vigila a fuer de buen general, con tal que se le respete y se le rinda el tributo merecido.

Otra expresión de la religiosidad popular son los *exvotos* que representan, en el caso que nos interesa, la relación privilegiada y personal con uno de los santos más queridos, Santiago. Son la expresión de una fe ingenua que admite la irrupción del ámbito de lo sagrado al nivel de la vida cotidiana. En la sacristía de la iglesia de Nextipac dedicada a Santiago, se conservan muchos. También queda uno en la capilla de Santiago Acapulco, en el norte de Jalisco. El texto que acompaña la pintura dice así: "El día 7 de agosto del año 1906, yo, Cipriano Regis, vecino del rancho de Sta. María de Gracia, vecino de esta composición para honor de Dios y del Apóstol Santiago, declaro que en dicho día se extravió un toro josco que tenía bajo mi vigilancia y cuidado, y habiéndose perdido, pues lleno de apuro y cuidado empecé a buscarlo con todo mi empeño el mismo día y no lo encontré, y luego con mi corazón se lo encomendé al Santo Santiago del pueblo de Acapulco quien me dejó piadoso y por su intercesión del mismo mes de agosto, lo encontré dentro de un potrero que está cerca de la misma casa. Lo publico y lo declaro a Dios y a su santo Apóstol Santo Santiago".

Y, desde luego, en esas zonas está presente Santiago en el folklore, que es otra manera de tributarle un culto muy generalizado.

La fiesta del Santo, generalmente precedida por un novenario, es una de las grandes festividades del año religioso y especialmente en las parroquias que llevan su titularidad. El programa del 25 de julio empieza por el canto de las "mañanitas" al Santo que se cantan al amanecer y en la procesión después de la misa mayor.

Igual que en el norte, en el pueblo de Ixtlahuacán de los Membrillos, cerca del lago de Chapala, Jalisco, se rinde gran culto a Santiago. Hace unos cuarenta años, el párroco de entonces mandó pintar doce grandes lienzos que cubren de par en par toda la nave de la iglesia y cuentan la vida del Santo. Además allí se venera una hermosa estatua de Santiago vestido de charro, lo que significa que la festividad del Santo se celebra con mucha pompa. Son dos los cantos que toda la población entona al patrono.⁹

El primero, compuesto por personas de la parroquia vecina de San Juan Evangelista, son unas "mañanitas". Se titula "Buenos días Señor Santiago".

9. Agradezco a don Nazario Calzada, cronista de Ixtlahuacán de los Membrillos, el haberme proporcionado el texto de los dos cantos.

Citamos las primeras estrofas:

Buenos días, Señor Santiago,
hoy te ofrezco mis amores
venimos a saludarte
en medio de tantas flores.

Mira qué contento estás
por ser de ti este día santo
venimos a saludarte
entonándote este canto.

Santiaguito membrillero
te venimos a felicitar
y a pedirte que el año venidero
nos vuelvas a visitar.

En esta linda mañana
te ofrezco mi corazón
para que tú se lo entregues
al divino Redentor...

Es evidente que este cantar se inspira en las tradicionales “mañanitas” que se suelen cantar a parientes y amigos el día de su santo o de su cumpleaños, con las cuales se expresa una manera de sentirse muy cerca del Santo, casi de introducirle en el círculo familiar. Finalmente, son “mañanitas” a lo divino. El texto original de las “Las mañanitas” dice así:

Qué linda está la mañana
en que vengo a saludarte,
venimos todos con gusto
y placer a felicitarte.

El día en que tú naciste
nacieron todas las flores
y en la pila del bautismo
cantaron los ruiseñores.

Ya viene amaneciendo,
Ya la luz del día nos dio;
levántate de mañana,
mira que ya amaneció...

El segundo cantar es también una “mañanita”, por las palabras iniciales de la primera estrofa, pero pronto se transforma en himno al Santo:

Una fresca mañana de invierno
cuando vino Jesús a buscar
los primeros apóstoles tiernos
a Santiago le quiso llamar,
los primeros apóstoles tiernos
a Santiago le quiso llamar.

El estribillo toma el tono de un himno religioso, de extrañas sonoridades, pero sí de auténtica inspiración popular:

Del apóstol Santiago entonemos
una marcha triunfal en loor
y al señor sin sesar [sic] ensalcemos
que nos dio tan excelso patrón,
Y al Señor sin sesar ensalcemos
que nos dio tan excelso patrón.

Otro cantar muy ilustrativo son “Las mañanitas” a Santo Santiago, que se cantan al patrono del pueblo en el amanecer del 25 de julio, en Santiago Tlatelolco, Jalisco. Copiamos las primeras estrofas de las 23 que constituyen el canto:¹⁰

Despierta Santo Santiago,
con todas tus alegrías
ya los pajarillos cantan,
ya viene alboreando el día.

Ya llegamos a buena hora,
a los toques del reloj,
comencemos a cantar,
en el nombre sea de Dios.

Aquí estamos toditos,
todos estamos alertas,
a cantar las mañanitas,
vayan abriendo las puertas.

Ya la música sonora,
que comiencen a tocar,
Santo Santiago Sagrado,
el alba te vengo a dar.

Santo Santiago Divino
de flores estás rodeado,
por ser tu dichoso día,
con tu pueblo acompañado.

Santo Santiago Sagrado
que toditos te idolatran,
en todo nos acompaña
Nuestra Señora de Talpa.

Que repiquen las campanas,
con todas sus alegrías
Santo Santiago Sagrado,
yo te vengo a dar los días.

10. El texto de estas “Mañanitas” se encuentra transcrito por Leticia Cortés de León. “Tradición de la fiesta de Santo Santiago en Tlatelolco”. Ensayo del diplomado en Cultura jalisciense, presentado en El Colegio de Jalisco en octubre de 2000. [Inédito].

Y para concluir, viene este canto, en el que los charros de Atemajac de Brizuela, Jalisco, expresan al Santo su solidaridad de jinetes:

Santiago, buen hombre de a caballo,
échanos en la silla cuando sea necesario;
líbranos de la muerte repentina del rayo
y llévanos a gozar de Dios a su santuario.¹¹

Numerosos son los cantos en honor a Santiago, todos son la expresión de una fe ingenua. Lo ven como un ser superior, un semidiós, capaz de conceder a sus devotos todos los favores. En el sur de Zacatecas, en Santiago Nexcalitlán, se le cantan unas coplas que hacen de él “el patrón del cielo”:

Que viva Santiago
el patrón del cielo,
que muera el pecado
y tiemble el infierno

Hasta se le ve como el gran intercesor en la salvación:

Saliste de España
cruzaste este Reino
a librar las almas
de tan cruel infierno

Es también el defensor sin par de los intereses del pueblo:

Por tu santa gracia
Y tu gran poder
Sin temor de nada
Puedes defender

Estos cantares expresan, por una parte, extrema veneración a un ser omnipotente, pero también por otra, cariño hacia quien se acerca tanto a sus fieles. Muchas son en las coplas las demostraciones de esta íntima confianza. Es al mismo tiempo “Santo Santiago divino”, “patrón excelso” y “Santiaguito membrillero” a quien se da los buenos días en la mañana de su festividad. Así es la fe popular, ingenua y emotiva.

Los pueblos indígenas se expresan bailando. Nada extraño que Santiago manifieste también su presencia en las danzas. Si la fiesta de “moros y cristianos” fue el festejo más popular de la Nueva España y se cultivó por todos los sectores en México, en Nueva Galicia tomó unas modalidades muy particulares, debido precisamente a su situación de zona fronteriza donde se dieron los enfrentamientos más duros entre españoles e indígenas. En Jalisco prosperaron y siguen vigentes bajo el nombre de danza de los tastoanes.

11. Higinio Vázquez Santa Ana. *La charrería mexicana*. México: s.e., p. 125.

Las danzas de moros y cristianos existen todavía en casi todas las regiones de México y en muchas de ellas interviene Santiago. Los grandes promotores fueron los misioneros que cristianizaron en ellas danzas y cantares de los indios. Entre sus manos era un elemento de evangelización en el cual combinaron y fusionaron ritos y creencias de las religiones ancestrales y el culto católico. El sincretismo religioso aparecía como un paso obligatorio antes de llegar a la supresión total de la idolatría. Es un caso ilustrativo de lo que se ha llamado "la cultura de conquista", fruto de la aculturación.

Pero con las danzas de los tastoanes damos un paso más: en ellas, los indígenas marcan con un sello más profundo su impronta, ya que se representan, como acabamos de señalarlo, en las zonas de duros enfrentamientos, primero en Guadalajara, Tonalá, Zapopan y sus alrededores, luego en la zona del norte de Jalisco y sur de Zacatecas: pero siempre en zonas que fueron de frontera.

El análisis de esas manifestaciones folklóricas nos permite comprender mejor lo que pudo representar para los indígenas el culto de Santiago, y cómo se lo apropiaron. A través de la evocación de los hechos de los siglos pasados éstos nos libran algo de su personalidad íntima y de su visión de la conquista: no fue para ellos un sencillo encuentro de culturas, sino más bien un choque entre culturas.

Según los cronistas, a raíz misma de los acontecimientos los indígenas escenificaron su lucha con los españoles. Dos testimonios nos lo confirman: primero, el de Tello, quien después de contarnos el ataque a Guadalajara por los caxcanes y la oportuna aparición de Santiago, concluye: "Este milagro lo representan cada año los indios en los pueblos de Galicia".¹² Desgraciadamente no da más detalles. Mota Padilla, por su parte, después de narrar lo que pasó en Tonalá, en marzo de 1530, cuando los indígenas de Coyula y Tetlán se enfrentaron con las huestes de Nuño de Guzmán en el Cerro de la Reina, nos informa sobre la conmemoración que suelen hacer los indios de dichos acontecimientos:

Son los indios los que desde entonces hasta hoy celebran sin interrupción la memoria, conservando la tradición de esta victoria que parece nuestra, y los indios tienen por suya: inhiérese un indio en un caballo blanco, formado de caña, que sujeta en la cintura, y armado con la encomienda de Santiago en una banderilla pendiente de una asta cuyo remate es una cruz, con una espada en la mano de madera dorada, al son de pífanos y atabales, finge batallar con otros indios, vestidos a usanza de gentiles antiguos, armados con sus chimales (que son al modo de rodelas), y macanas (que son como espadas), y al acometerles el figurado Santiago, caen en el suelo y vuelven a levantarse, repitiendo la escaramuza con donaire y celeridad, hasta que se le rinden.¹³

12. Tello, *op. cit.*

13. Matías de la Mota Padilla. *Historia del Reino de la Nueva Galicia en la América Septentrional*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-IJAH, 1973, p. 41.

El espectáculo se elaboró a través de los siglos, hasta llegar a nosotros en la forma que le conocemos. Las representaciones transmiten un mensaje más indigenista que las demás danzas, ya que en ellos se expresa la historia profunda vivida por las comunidades indígenas. La palabra “tastoán”, también transcrita *tastuán* es de origen náhuatl: los *tlatoani* eran los señores o caciques de los pueblos indígenas. Además, el verbo *tlatoa* significa hablar, con el matiz de tomar la palabra, ser dueño de ella, lo que quiere decir que los nativos están directamente involucrados en estas festividades. ¿Qué nos dicen pues?, ¿qué nos revelan de su identidad?

No cabe duda que esta danza, como la de Moros y Cristianos, fue un instrumento de evangelización en manos de la Iglesia neogallega, que la utilizó para catequizar a un pueblo particularmente reacio. Los folkloristas dicen que en ella se combinaron elementos de la cultura indígena con las aportaciones propiamente hispánicas y precisan que los evangelizadores —especialmente franciscanos— aceptaron cierto grado de sincretismo para conseguir mejor la evangelización.

Pero en la perspectiva que nos interesa podemos dar un paso más en el análisis, ver cómo los elementos cristianos que se les facilitaba vinieron a cuajar dentro de una estructura ya establecida, que salía fortalecida con esos nuevos aportes.

Primero notamos que esta danza de los Tastoanes en muchos aspectos se distingue de las demás: en ella muere Santiago, a manos de los *tastoanes*, antes de resucitar para volcarse ya en su santo protector. Pero antes de llegar a esta conclusión que preserva la visión del Santo, Santiago, como Cristo, habrá sufrido su pasión y habrá sido sacrificado.

Este sacrificio aparece como un auténtico rito sagrado en la óptica azteca. El concepto del sacrificio redentor y propiciatorio formaba parte de la ideología indígena. Luego, en un segundo tiempo, esa ofrenda sangrienta fue reinterpretada como sacrificio espiritualizado.

Pero, ahora, en la representación de Ixcatán, en el camino del norte, la reina parece cumplir un auténtico rito sagrado, el del sacrificio religioso: arrodillada al lado del supuesto cadáver de Santiago, simula que le saca el corazón, antes de destazarlo.

Luego, en un segundo tiempo, simula que tira al público trozos del corazón y retazos de la carne del Santo. Otro ritual reapropiado aquí por los indígenas, el de la comunión, ceremonial que acercaba las antiguas creencias con las nuevas. Comer la carne del sacrificado era entre los indígenas una especie de comunión, ya que las víctimas, en el acto mismo del sacrificio se convertían en deidades

propiciatorias. Consumían la sangre y la carne del nuevo dios, lo cual era una especie de banquete sacro en cierto modo semejante a la eucaristía cristiana.¹⁴

Los aztecas practicaban otra comida ritual que consistía en ingerir unas formas de pasta con la figura de Huitzilopochtli. Muy pronto los indígenas le encontraron parecido a Santiago con este dios guerrero, cuyo color además era el rojo. Así, progresivamente, el panteón de su mitología se pobló de nuevos santos a los cuales invocaban para obtener favores. De la misma manera, relacionaron a Cristo con Quetzalcóatl y a su madre con Coatlicue.

Los indígenas pretendieron participar del formidable poder del Santo. Invocaron su patrocinio, tomándolo como fuerza propiciatoria. Fue así como en los siglos XVI y XVII, muchos señores indígenas a raíz de los combates, tomaron el nombre del Santo, pensando que así se les vendría encima la fuerza que éste transmitía a los españoles. Así, lo hizo, entre otros, en 1530, el hijo de la cacica de Tonalá, al ser bautizado.

Aquí tenemos un caso de intento de captación de la fuerza del adversario por un procedimiento de tipo mágico: se le atribuye al nombre todo el prestigio del poder adverso. Quien lo adopta piensa ser participe de él.

La fiesta termina en el atrio de la iglesia donde el papel de Santiago, ya resucitado, es el tradicional, el de benefactor de sus fieles. Todos ellos saben que el Apóstol los protegió en momentos difíciles de su vida cotidiana, y ellos, agradecidos, vienen a recibir en la espalda determinados cuerazos, cinturonzos o sablazos que ellos mismos determinan. Santiago es la providencia de cada uno que les evita las desgracias mayores y les resuelve los problemas de la vida cotidiana.

La espada del Santo ya no es para ellos instrumento de muerte, sino de vida. El “cuereo” final de la representación no es el castigo, sino símbolo de protección. La figura del Apóstol ha cobrado un nuevo significado de beneficencia, participación y fraternidad.

La verdad es que la fiesta antes de llegar a su desenlace ortodoxo ha sido un buen pretexto para los indígenas de presentarnos su visión de la Conquista y de Santiago, del cual nos dan una visión subversiva: Santiago, en vida, ha sido un impostor que los diezmó y les quitó la tierra. Aparece protegido por un perro tas-toán, en representación de los indígenas cristianizados y también de esos perros feroces que servían a los cristianos para los “aperramientos” de indios.

14. Luis Weckmann. *La herencia medieval de México*. 2ª ed. México: FCE, 1994, p. 201.

Dos ritos particulares de la fiesta en Moyahua ilustran perfectamente la relación entre la representación de los tastoanes y la historia. En esta perspectiva los estudió el cronista local Ezequiel Estrada Reynoso.¹⁵

Allí los tastoanes llevan atado en la canilla un cuerno de venado: simboliza los escasos recursos con los cuales disponían los indígenas para defenderse en su lucha contra los españoles.

El día de Santiago, en la tarde, sale una persona que representa un ángel. Parece ser un duplicado del Santo, ya que como él, lleva un chaleco rojo y un sombrero. Dos tastoanes lo sujetan y lo llevan, después de un largo recorrido, a un costado de la iglesia. Uno de ellos porta una cruz de carrizo, símbolo de su conversión. Con ella toca en la parte superior de la montera a los tastoanes que voluntariamente se acercan, simbolizando así la conversión de los indígenas. Pero muchos todavía manifiestan su rebeldía, hasta el punto de que intentan lazar al ángel y lo consiguen. Así expresan su resistencia en aceptar el mensaje del ángel y del Apóstol, de modo que “los tastoanes, en medio de una algarabía, festejan con gritos sin ton ni son” el éxito de su empresa. Esta victoria sobre el ángel representa lo que es la muerte del Apóstol en otros lugares.

Al día siguiente, allí mismo donde fue atado el ángel, sale una pareja de ancianos, llamados “viejos de la Chivana”. Son representaciones de esos hechiceros que predicaban a los indígenas para que no abandonaran su fe y sus costumbres. En el recorrido que emprenden, algunos tastoanes intentan acercarse a los viejos, pero los “capitanes” lo impiden y los obligan a reunirse con Santiago y con el grupo de tastoanes que, ya convertidos, le rodean. Al fin y al cabo es Santiago quien, con su espada, los mete en orden y les impone definitivamente las costumbres y las creencias de la fe cristiana.

De hecho aparece aquí, a través de las mediaciones discursivas del lenguaje y, sobre todo, mediante las distintas fases de la representación, un discurso de tipo político cuyas premisas son la reivindicación por la tierra y la dignidad.

Asistimos a una reescritura de la historia que se hace utilizando símbolos que tenemos que descifrar. Pero el mensaje es claro: expresa la oposición a las castas dominantes, representadas primero por los colonizadores, luego por las clases hegemónicas criollo-mestizas. Traduce el deseo profundo de superar lo que se presentaba como un destino insustituible. El discurso se articula en el ritual de forma muy compleja, tanto que a veces se resiste al análisis.

15. Ezequiel Estrada Reynoso. *Allá abajo en Moyahua*. Guadalajara: Talleres Gráfica Nueva, 1989, pp. 77-83. Agradezco al autor la entrevista que me concedió y las informaciones que me facilitó con mucha generosidad; grabó también un video de la Fiesta de los Tastoanes que se vende en la localidad.

Conclusión

Nuestro estudio permite concluir que Santiago en Jalisco, y especialmente en las zonas que fueron de frontera fue y sigue siendo un santo muy venerado. Se le rinde un culto que corresponde a la religiosidad popular con todas sus características.

Pero sobre todo, es revelador de un cristianismo “inculturado”: los nativos aceptaron recibir la tradición ajena, venida con los conquistadores, después de producirse un desajuste con su propia tradición, lo que provocó, en un principio, el rechazo.

Finalmente, el mito de Santiago se adecuó a su propia percepción del mundo: se conservó su sentido fundamental (un guerrero benefactor y violento) y las características que parecían extrañas terminaron formando parte de las secuencias de los acontecimientos míticos. Su dios guerrero Huitzilopochtli ha sido derrotado por un “santo-dios” más potente que él. Éste bien lo puede substituir. Perfectamente puede representarse Santiago con enemigos descuartizados por él. Pero las referencias culturales europeas ya desaparecen, están reemplazadas por otras: al nacer Huitzilopochtli descuartizó a los suyos. Bien puede, en esta nueva óptica aparecer Santiago como un santo cruel (en las representaciones artísticas y en las leyendas). Era un santo que se adecuaba perfectamente a la substitución.

Estamos ante un fenómeno de asimilación, de reinterpretación y refuncionalización del mito. Para los misioneros, este mestizaje cultural y religioso representaba un primer paso hacia la conversión auténtica.

El sincretismo se admitía. Como ya lo señalábamos, los indígenas aceptaron a Cristo y a sus santos estableciendo paralelismo con sus dioses principales. Con Santiago reactualizaron las hazañas de su dios de la guerra, recobrando así el tiempo ya olvidado de los aztecas. En Jalisco, el título que más le conviene es, de seguro, el de Santo de la Frontera.